

CARLOS TRUJILLO: POESÍA DE LA DIFICULTAD DE VIVIR

Iván Carrasco M.

Universidad Austral de Chile

1. ANTECEDENTES

Carlos Alberto Trujillo Ampuero (Castro, 1951) es el fundador de la poesía contemporánea de Chiloé. Inició su obra en 1974 con la creación del taller AUMEN, tal vez la mejor escuela de poetas existente en Chile, por su constancia y seriedad; allí se han iniciado o han pasado por él en algún momento de su formación, diversos autores, como Sergio Mansilla, Rosabetty Muñoz, Renato Cárdenas, Sonia Caicheo, Mario Contreras, Oscar Galindo, Miguel Gallardo, y tantos otros. El Taller AUMEN ("voz de la montaña" en lengua indígena) mantiene una publicación periódica con su nombre, en la cual han aparecido textos de todos los poetas de Chiloé y de quienes han estado en Castro; ha organizado recitales, lecturas poéticas, encuentros y otras actividades de índole cultural, entre las que destaca el Primer Encuentro de Escritores en Chiloé en 1978; además, ha cumplido la función de órgano editor de libros de literatura y de carácter más general sobre la cultura chilota, como *Apuntes para un diccionario de Chiloé*, de Renato Cárdenas y Carlos Trujillo, en 1984.

Además de sus poemas aparecidos en AUMEN y en varias antologías, Carlos Trujillo ha publicado cuatro libros de poesía: *Las musas desvaídas*, 1977 (Quillota, El Observador-AUMEN, introducido por mis "Primeras notas sobre la poesía de Carlos Alberto Trujillo"); *Escrito sobre un balancín*, 1979 (Castro, Ediciones AUMEN, con nota en la contraportada de Jaime Quezada); *Los territorios*, 1982 (Castro, Ediciones AUMEN) y *Los que no vemos debajo del agua*, 1986 (Santiago, Editorial Cambio). También es destacable su actividad investigativa de la cultura de Chiloé, que le ha permitido recopilar diversos textos y, junto con el diccionario ya citado, publicar con Cárdenas, *Caguach, Isla de la Devoción. Religiosidad popular de Chiloé*, LAR Ediciones, 1986.

2. ¿POETA LÁRICO EN CHILOÉ?

La figura y la obra de Trujillo aparecen ligadas en forma indisoluble a la cultura y realidad de Chiloé; sin embargo, ello no quiere decir que sea la suya una literatura paisajista, criollista o descriptiva. La poesía de Trujillo está interesada más en la vida que en la geografía, más en lo humano que en lo pintoresco. A pesar de ello, no es una poesía existencial desarraigada del contexto del hombre por indagar en la existencia misma. Al contrario, es una poesía situada sociohistóricamente: el sujeto de la escritura se ubica en Chiloé, escribe desde Castro y las islas del archipiélago:

"Mis versos están empapados de lluvia
como yo

porque hemos vivido todos estos años
 agazapados
 como fieras al acecho
 en estos inviernos de Chiloé”.

(Escrito sobre un balancín, p. 68).

Escribir desde la provincia, sin embargo, no significa ser poeta láríco; no comparto la opinión de quienes, por apresuramiento o por carencia de categorías más específicas, clasifican la obra de Trujillo, de otros escritores del sur o de provincia, como láríca, en el sentido que ha precisado Jorge Teillier para su obra y su escuela (Cf. “Los poetas de los lares”, *Boletín de la Universidad de Chile* 56, 1965). Los versos de Trujillo hablan del hábitat chilote del autor, pero también se refieren a Temuco y otros lugares (sobre todo en los dos primeros libros, lo que es natural, porque el poeta escribe con más seguridad sobre lo que conoce mejor); sus poemas no hablan de un paisaje revivido míticamente o recordado en sueños, como lo hace Teillier, ni evocado como una entidad mágica, sacral; es un paisaje visto muchas veces, descrito en forma objetiva o explicativa, a veces al modo de Ernesto Cardenal:

“Una lancha de Laitec
 con sus alas al viento
 era una perfecta coartada
 para explicar el paisaje”

(Escrito sobre un balancín, p. 76)

El paisaje y circunstancias de Chiloé no constituyen un espacio irreal, soñado como un modo de evadir la degradación y limitaciones de la vida ciudadana, para vivir ilusoriamente en la plenitud y gracia de la infancia, sino el espacio que fundamenta y sitúa sociohistóricamente el acto de escribir. Para Trujillo, el paisaje no es una experiencia romántica ni simbolista, sino un elemento más del mundo en el cual se desenvuelve la existencia cotidiana. Chiloé no es, en esta escritura, un mundo mítico poblado de seres fabulosos o historias extrañas, sino el mundo de todos. Más que visión láríca, es una visión realista y desmitificadora de Chiloé. Trujillo lo sabe y por eso ha dicho en una entrevista de 1983 hecha por Guido Eytel y Elicura Chihuailaf en el primer número de su *Poesía diaria*: “Quisiera aclarar que estoy en Chiloé porque me gusta, porque me interesa, pero no para hacer “la poesía de Chiloé”. Busco una poesía que trascienda los límites de un determinado territorio, aunque en esa misma poesía estén los elementos que veo a diario en la isla. La poesía es poesía, sin adjetivos” (p. 11).

Ciertamente Trujillo no es indiferente al carácter histórico de la escritura poética, no olvida que quien escribe lo hace en cierta posición del sistema social, incluso en cierto lugar de un país y una cultura: “Ser poeta en provincia significa ser considerado subversivo, problemático, raro, loco”. Exceptuando a los más jóvenes, la mayoría piensa: “cuidado, éste es poeta, algo debe traerse bajo el poncho” (loc. cit., p. 10).

Por ello, asume su condición de poeta de Chiloé, teniendo presente que al serlo, como lo ha reconocido, muchos de los elementos de referencia de su obra serán de su tierra, pero no todos pueden serlo, ya que Chiloé es parte de Chile y éste lo es de un continente y del universo, por lo que los rasgos chilotes pasarán a formar parte de ámbitos mayores.

Escribir desde Chiloé significa reconocer que se pertenece a un sector marginado parcialmente por la sociedad y cultura nacionales, significa que se escribe desde los márgenes de un sistema de vida que tiene valores, deberes y derechos que afectan y son asumidos de modo distinto por unos sectores que otros. Trujillo, como Mansilla, Riedemann, Contreras, Rosabetty, Riveros y otros, escribe desde la conciencia del excluido de una sociedad, haciendo suyas sus privaciones, angustias, frustraciones y limitaciones por no formar parte decisiva de una historia común, sino tener que sentirse un ser ajeno en su propia comunidad.

El reconocimiento de esta situación abre paso a dos posibilidades: la de romper definitivamente con la sociedad global, buscando un modo de existencia alternativo (hippie, por ejemplo), o luchar por participar en forma igualitaria y activa en una forma de vida compartida. Trujillo ha optado por la segunda vía y por ello no pretende escribir la poesía de Chiloé sino *poesía chilena en Chiloé*, integrándose de este modo en el circuito global de la escritura artística. Su poesía constituye un gesto de rebeldía contra una situación injusta y un modo de luchar por los legítimos derechos de los escritores de provincia: ser considerados poetas de su época y su sociedad. La poesía de Trujillo es, desde esta perspectiva, un intento de superar la exclusión del discurso chilote, al ponerlo como un constituyente de un discurso mayor en el contexto de la literatura nacional. La especificidad de Trujillo en este proceso es el marcado acento ético de su concepción poética: "Acepto las actitudes, las posturas de los otros poetas, pero mi posición es la siguiente: el poeta debe ser un hombre honesto y esa honestidad debe reflejarse en todos sus actos. Creo que el poeta debe ser un cronista de la realidad, lo que no significa que deba limitarse solamente a describir lo que sucede. Hay una crónica espiritual, sentimental, intuitiva. El poeta debe ser un testigo de su época. Y un testigo participante, que no debe agachar nunca la cabeza" (loc. cit., p. 12).

3. LA CONCIENCIA DEL OFICIO POÉTICO

En las últimas palabras de la entrevista citada, se manifiesta con claridad una concepción definida del quehacer poético: una tarea análoga a la del antropólogo, la participación en la vida cotidiana de su sociedad, para dejar un testimonio experiencial de ella. Ello implica la percepción lúcida del oficio del poeta, de su relación con el arte al que se dedica, del modo de enfrentar algunos problemas técnicos de la expresión, etc.

Esta reflexión metapoética se manifiesta en Trujillo tanto en este discurso paraliterario, como en sus poemas. El tipo de sujeto lírico predominante en ellos es un hombre común (rasgo habitual en la poesía contemporánea), pero que se caracteriza por escribir versos y sentirse poeta.

Desde su primer libro, *Las musas desvaídas*, el sujeto lírico de Trujillo aparece consciente de su condición de escritor: entre las treinta "Imágenes" con que inicia su producción editada, hay cinco que se refieren a la poesía y una al acto de leer. La primera dice "Mis versos se transforman en un abracadabra secreto", otra "La poesía se resfrió con mis versos a la lluvia"; en estos dos ejemplos resulta evidente la toma de conciencia antipoética del fenómeno lírico, opuesta a los becquerianos versos que transcribo a continuación: "Mi poesía nació/ en una mirada tuya". Esta contradicción inicial entre concepciones antagónicas de poesía, demuestra el anhelo de resolver el problema de la creación poética.

La preocupación por definirse en el texto como poeta, aprehendiendo la significación del objeto buscado que le da sentido al oficio de escribir (la poesía), se mantiene a través de la obra de Trujillo intentando lograr el aumento de la tensión poética por el hecho de teorizar acerca de su propia tarea, como dice Hugo Friedrich al caracterizar la poesía moderna (*Estructura de la lírica moderna*. Barcelona, Seix Barral, 1959, p. 230 y ss.)

Así, en su segundo libro, se aleja decididamente de la concepción romántica, para continuar su aprehensión antipoética de ella: LA POESÍA/ ES UNA CANALLADA/ AL SENTIDO COMÚN”, o más claro aún en:

“Empiezo a familiarizarme
con la idea
de que la poesía
nada tiene que ver
con los poetas”.

(*Escrito...*, p. 28)

También se percibe en:

“TRATAMOS DE VIVIR EN LA POESÍA
la realidad nos mira con ojos de ciego”.

(*Escrito...*, p. 63)

Esta indagación culmina, por el momento, en el “Territorio del poeta”. Los conjuntos siguientes no vuelven a explicitar un interés metapoético de índole temática, pero se mantiene la conciencia de la escritura, por ejemplo en la serie de parodias escritas sobre los sonetos de Lope de Vega y una experiencia de cesantía, que los transforma en “Sonetos compuestos por Lope sin Pega el Fénix de los Cesantes”.

“Territorio del poeta” es uno de los textos que componen el conjunto abierto *Los territorios*. Este volumen se abre con un epígrafe también vinculado a la dimensión metapoética de la obra de Trujillo:

“el territorio del poeta
es un pájaro
anclado en el corazón”.

Este discurso complementario apunta decididamente al carácter personal de la experiencia poética: el territorio de la poesía (es decir, el ser de la poesía: “Cada ser es un territorio por derecho propio”) reside en la capacidad “cordial” del ser humano y de la escritura, la capacidad de “sentir el mundo”, no sólo de comprenderlo y vivirlo, sino también de reaccionar afectivamente frente a él. La poesía reside en el corazón, en la posibilidad de interiorizar el mundo en la conciencia singular del poeta, mediante el lenguaje artístico.

El poema “Territorio del poeta” ahonda en este sentido general, precisando el carácter ético-social de la tarea de escribir: “El poeta habita en el cielo en la tierra y en todo lugar pero no toda manera de vivir es vida como no toda verdad es verdad ni todo hogar cuenta con pan y fuego con fuego y pan y el techo a veces es sólo una ventana inmensa abierta al infinito que también se cubre de nubes”... (p. 4). Es por eso que el poeta sólo puede vivir en paz en su propio territorio, que ha hecho suyo a fuerza de tiempo y sangre, pero su tarea es buscar bienes para todos los hombres: la

paz, la verdad, la esperanza. En otras palabras la poesía debe ser solidaria con la empresa de construir un mundo mejor para todos, “el nuevo territorio de los hombres”. La misión del poeta trasciende la dimensión del texto, pues su proyecto se sitúa en la dimensión del hombre:

“Hacer de yo-territorio
tú-territorio
él-territorio
nosotros-territorio
un gran territorio sin velos ni cortinas
ni murallas que apaguen el fuego de las voces
hasta territorializar el universo como una gran verdad”
 (“Territorio de la verdad”)

Este proyecto supone en el escritor un comportamiento consecuente con su concepción del oficio; el valor que debe regir la conducta poética según Trujillo es, como ya sabemos, la honestidad.

Este es el factor que personaliza y define la crónica de lo real en la poesía de Trujillo (así como el amor lo es en Cardenal, el cuestionamiento absoluto en Parra, el materialismo dialéctico en Neruda); la honestidad es el modo de participar poéticamente como testigo en la aventura cotidiana de vivir en forma profunda y solidaria, “sin agachar la cabeza”.

4. LA DIFICULTAD DE VIVIR: LOS LÍMITES

La experiencia básica que articula la poesía de Carlos Trujillo, más allá del orden interno de sus volúmenes, es la dificultad de realizarse en la existencia, la percepción de los diversos tipos de problemas que debe enfrentar un hombre para vivir en sentido cabal; es la experiencia de quien se siente oprimido por entidades, hechos y circunstancias que no dependen de él y cuyo contacto o presión no puede evitar, por lo que sus afanes de proyección personal, de libertad, de realización de anhelos y de expectativas, resultan permanentemente obtaculizados. Implica, pues, una forma de sentirse marginado también de la existencia, no sólo de la sociedad y la cultura; en *Escrito sobre un balancín* encuentro dos ejemplos claros de esta disposición espiritual; el primero es:

“Nací hace veintiocho años y todavía este mundo
me parece
una casa de huéspedes” (p. 56).

Esta sensación de orfandad, de ajenidad, no es nueva, sin duda, en nuestra literatura, desde la poesía de carácter existencial de Huidobro en adelante; lo interesante en el caso de Trujillo es que coincide con su vivencia del desplazamiento sociocultural. El segundo ejemplo, tan intenso como el anterior, es éste:

“Entré a la vida
como por descuido
del portero
pero debí quedarme
y pagar
todas las consecuencias” (p. 8)

Este sentimiento adopta la forma de una angustia existencial en los dos primeros libros, expresada a veces de modo serio y otras con ironía. En *Los Territorios* se produce un cambio significativo; aquí el autor trata de precisar esa sensación confusa, pero no en términos de una perspectiva o explicación racional, científica o filosófica, sino de una imagen: el hombre es definido como un territorio; cada ser no sólo es dueño de su territorio en cuerpo y alma, sino que, además, cada ser es un territorio por derecho propio. Surgen así, el territorio del hombre, del poeta, de la esperanza, de la libertad, de la palabra, de la verdad, del tiempo. La imagen de lo real como un territorio no es, en sentido estricto, una visión espacial, menos aún una concepción geográfica: es la percepción de lo real como un conjunto de entidades limitadas, es la conciencia de los límites de los seres existentes, de la limitación de todo vivir humano. Sin duda, esta percepción surge no sólo de la situación de marginalidad que el poeta ha intuido, sino también de la preocupación por el hombre y la existencia.

Trujillo define el "territorio del hombre" como el hombre multiplicado por todos los seres que habitan el planeta. Pero también sabe que "el hombre vive marginado por leyes de territorialidad y los ojos dejan de ser ojos para transformarse en candados y las manos dejan de ser manos para transformarse en gritos y el alma es un grillo cantando sólo por las noches y nadie escucha y los cinco sentidos se precipitan hacia el no territorio como un volcán ciego erupcionando recuerdos y futuros en una clase magistral de silencio domesticado como un canguro nuevo". (p. 3).

Todo territorio es tal porque tiene límites. Y la marginación es uno de sus límites más definidos. Por ello, la esperanza es un territorio que no aparece en los mapas físicos ni políticos de los países, ni en las constelaciones, ni en las láminas del cuerpo humano. "La esperanza es el territorio sin dueño que despierta cada mañana más temprano que la luz y se esconde en la mochila invisible que pesa sobre nuestras espaldas como el sello de agua anónimo en los billetes del banco". No es flor ni hoja ni golondrina, es "una capa de luz cubriendo nuestros cuerpos desnudos" (p. 5).

Y la libertad es sólo una palabra, limitada por otras en el Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia, y la verdad, un territorio limitado al norte, al sur y al este por la mentira, y al oeste por el infinito sin horizontes. Y el tiempo, el territorio que limita todas las dimensiones del hombre.

En el cuarto de sus libros, Trujillo asume la condición de un modo de ser caracterizado por la limitación: los que no vemos debajo del agua. Ver debajo del agua es una expresión propia del habla popular que se refiere a una cualidad excepcional de algunas personas, la de sobrepasar las limitaciones cognoscitivas del hombre común para percibir lo que otros no pueden ni sospechar; los que ven debajo del agua son seres superiores por su agudeza, inteligencia, clarividencia, habilidad para prever y adecuarse a las situaciones y sacar provecho de ellas. El poeta no pertenece a esta clase de seres. Al contrario, reconoce ser limitado. Por ello el poema que explícitamente sirve de introducción al conjunto, se llama "Mis límites o fronteras personales". Ya el título caracteriza al sujeto como un ser relativizado y determinado por su ausencia de plenitud. Desde los primeros versos, declara su condición:

"Yo limito
Yo limito y por limitar con cada hora

cobijada en mis manos
soy desde el mismo nacimiento
mi propio y más terrible límite” (p. 4).

A diferencia del ego expandido de los poetas vanguardistas y postvanguardistas (Huidobro, Neruda, De Rokha, Del Valle, Díaz-Casanueva), del yo degradado de los antipoetas y cuestionadores de la poesía (Parra, Lihn), del yo escindido de los neovanguardistas (Martínez, Zurita), el yo de la lírica de Trujillo se reconoce a través de un rasgo propio de la condición humana normal: su limitación como ser biológico y temporal; la visión del hombre que aquí prevalece es la de un ser múltiplemente condicionado, por su propia conformación material, por el tiempo, el espacio, los demás hombres y por él mismo. Este texto es un patético y honesto reconocimiento de esta verdad inevitable: somos hombres, y por ello mortales, débiles limitados. Por ello, el acto de lenguaje que genera el poema es una confesión, un acto de comunicación signado por la humildad y la sinceridad, para liberar el corazón de esta terrible verdad y encontrar comprensión, apoyo, fraternidad, en este caso en el lector.

Consecuente con lo anterior, el poema está organizado en forma cerrada, para evitar cualquier proyección o apertura hacia ámbitos metafísicos o puramente retóricos; consta de seis momentos análogos, cada uno de ellos constituido retóricamente por dos elementos: una anáfora, que es la expresión “Yo limito”, seguido por un conjunto variable, de carácter reiterativo, paralelístico, explicativo.

El primero, ya citado, es una especie de etopeya (descripción del aspecto psicológico de una persona) que define el ser del poeta. El segundo, el tercero, el cuarto y el quinto están constituidos por una enumeración de elementos con los cuales el poeta limita: objetos domésticos (sillas, mesas, huellas de labios en los vasos, suspensores, los primeros zapatos, etc.), entidades legales (los RUN y RUT, decretos, relegaciones, exilios, certificado de defunción, libretas de seguro, etc.), su propio cuerpo (sus costillas, ojos, orejas, olfato, tacto), elementos religiosos (escapulario, imagen de la Virgen del Carmen, el mes de María, crucifijos, la idea de la salvación eterna, la fe de bautismo), elementos histórico-culturales de índole patriótica (héroes de la patria, como O’Higgins, Rodríguez y Prat, la fiesta del dieciocho de septiembre, los aniversarios), elementos naturales y de civilización (el mar, los puertos, números telefónicos, las casas, las calles). La instancia final, de carácter enumerativo y paradójico, es más breve.

“Yo limito con todo y con nada
todo en mí hoy es límite” (p. 6).

Con absoluta coherencia, el poema se ha iniciado con una proposición de carácter sintético, se desarrolla a través de una serie de proposiciones analíticas, explicativas y ejemplificadoras, y se cierra con dos proposiciones de índole globalizante. Cambiando de manera brusca e inesperada la focalización del texto, el poeta incorpora, a modo de epifonema, una visión del texto como una entidad también determinada por la limitación, análoga a la realidad humana:

“Cada palabra limita a la siguiente”.

Este excelente poema, definido en su estructuración retórica por el paralelismo y la anáfora, en su condición significativa por la noción de límite como rasgo esencial

de lo humano y definido en su modo de comunicación pragmático como una confesión resultante del afán de honestidad, es un texto central en la obra de Trujillo. No sólo se constituye en un factor de cohesión y unidad del conjunto de secciones que conforma el libro *Los que no vemos debajo del agua*, sino también en una clave de lectura de la totalidad de su poesía, que permite aprehender en la dirección sugerida por los textos uno de sus sentidos dominantes.

Es la conciencia de los límites del hombre (término bien manejado en su ambigüedad de marcador legal, geográfico, y de determinación ontológica y situacional de seres y objetos), lo que explica los variados "Desencuentros" del poeta con hechos y personas, la simbología del "Tiempo de mareas", las ironías de "El monedero falso" y el dolor de "Los que no vemos debajo del agua" y de los "Postdatas". Y ello es así porque el poeta, además de colocar este texto como "Introducción" explícita de la totalidad del libro, ha limitado también su destinación al dedicarlo a una persona en particular, dedicataria singular y especial, Aydé, su esposa.

5. PARA TERMINAR POR AHORA

En realidad, este estudio no es un balance, sino más una introducción a la poesía de un autor que ha sabido conjugar su arraigamiento en su tierra natal con su proyección hacia la literatura como fenómeno sin fronteras geográficas, y que todavía tiene mucho tiempo por delante para seguir desarrollando su obra.

He destacado aquellos rasgos de su escritura que me parecen más actuales, más vigentes dentro de la heterogénea y vigorosa corriente de la poesía chilena de hoy y, al mismo tiempo, más personales, más característicos del trabajo de Trujillo: su acusado intento desacralizador de la imagen pintoresca de lo chilote, su lúcida percepción del oficio literario y su decidido afán de escribir desde una situación de marginación geográfica y sociocultural, acentuando un aspecto existencial de ella: la dificultad de vivir plenamente al ser bloqueado por las limitaciones propias de la persona y de las circunstancias históricas. En su conjunto, una de las más vivas expresiones de la poesía chilena en el sur.

Valdivia, mayo de 1988.